



LA LLEGADA DE UNA NUEVA ETAPA

André GAURON

La rutina ha sustituido a la euforia. Por haber pensado demasiado tiempo que el crecimiento de los años ochenta podría continuar sin obstáculos, los economistas ponen ahora todo su interés en el enfriamiento, e incluso en la recesión actual, y se resisten a predecir una recaída en la crisis. Indagando sobre el crecimiento perdido, no se dan cuenta de lo esencial. Tras la coyuntura y sus fluctuaciones, se está creando un nuevo orden económico mundial, y se anuncia una nueva etapa en la que mercado es el corazón y la democracia la llave. Se estaba gestando desde antes de la invasión de Kuwait por Irak. Pero la guerra ha precipitado los hechos.

Los años ochenta han puesto fin a una década de crisis. Una tras otra, las economías industrializadas han tomado de nuevo el camino del crecimiento. La economía americana, cuyos expertos no han llegado a reconocer el declive, ha batido su propio récord de índice y duración del cre-

cimiento de posguerra: siete años sin interrupción con una media de ritmo de un 4% por año. Las economías japonesa y europea no se han quedado atrás; sin embargo, la media de crecimiento ha sido menos importante que la de antes de la crisis. Ha comenzado imperceptiblemente un nuevo ciclo de acumulación.

El enfriamiento económico es el precio que hay que pagar por llevar a cabo un brutal saneamiento provocado por el miedo a la insolvencia generalizada.

La inversión ha sido el motor principal. Su crecimiento ha sido importante en casi todos los sectores. Tras unos años de reestructuración y de reducción de la capacidad de producción, los bienes de equipo han aumentado considerablemente. Pero a lo largo de la década, la inversión se ha realizado fundamentalmente a través de la modernización y la innovación tecnológica. Nuestros países pocas veces han conocido un ritmo de innovaciones semejante. Después de unos años de titubeo, la microelectrónica y la microinformática han invadido en masa todos los sectores de actividad. Se ha producido una auténtica carrera a escala internacional, que implica una renovación acelerada mediante equipamientos cada vez más modernos, y que quedan tecnológicamente desfasados antes de haber sido amortizados. Las empresas están sedientas de capital. Ya se sabe cuáles son las consecuencias: una progresión de los salarios reales menos importante de lo que permiten las ganancias de productividad, limitando el crecimiento del consumo de las familias, y el recurso creciente al endeudamiento para financiar las inversiones.

Desórdenes financieros

El retorno del crecimiento llevaba consigo los gérmenes del desequilibrio. Se ha nutrido de los anticipos permitidos por unos mercados financieros totalmente desenfrenados. El enfriamiento económico es el precio que hay que pagar por llevar a cabo un brutal saneamiento, provocado por el miedo a la insolvencia generalizada. El aflojamiento de la política monetaria al día siguiente del *crash* bur-

sátil de octubre de 1987, permitió entonces evitar la recesión. Su limitación progresiva, a lo largo de 1989, ha concluido provocando una brusca contracción de los créditos en Estados Unidos. Todos se han puesto a saldar sus cuentas y a sacar conclusiones. La Bolsa ha dado marcha atrás desde que el crecimiento de los beneficios de las empresas ha disminuido. Muchas sociedades que se habían dejado convencer por Michael Milken y sus «bonos basura» para financiar la expansión con un endeudamiento sobre plusvalías futuras, se han encontrado con la incapacidad de devolver los préstamos cuando la Bolsa ha comenzado a retroceder.

Los bancos no corren mejor suerte. Las cajas de ahorros americanas comprometidas con especulaciones financieras arriesgadas han sido las primeras en ceder. El reflotamiento efectuado por las autoridades públicas en el país del liberalismo por excelencia, ha evitado reacciones en cadena como las que produjeron en los años 30 movimientos de pánico en los depositantes. Esto va a costar al presupuesto federal 250.000 millones de dólares durante varios años. Actualmente la crisis ha afectado a la totalidad del sistema bancario a causa de la incidencia de tres factores: el endeudamiento excesivo de las familias americanas y la multiplicación de familias insolventes; la subida de las tasas de interés en un contexto de competitividad que ha reducido los beneficios; el retroceso del sector inmobiliario y de la Bolsa que ha ocasionado grandes pérdidas a la gestión de las carteras. Los bancos americanos se han visto obligados a recortar bruscamente las condiciones de préstamos y de participaciones, lo que ha provocado una contracción del préstamo y por lo tanto de la financiación de la economía. Los sectores de la vivienda y del automóvil han sido las primeras víctimas. De este modo se ha desencadenado la recesión americana, a causa de la disminución del consumo de las familias.

Finalmente, el Estado Federal tiene que afrontar una grave crisis de las finanzas pú-

blicas. El considerable endeudamiento legado por la era Reagan resta todo margen de maniobra al gobierno americano. El crecimiento de los gravámenes de la deuda constituye el principal obstáculo para reducir el déficit presupuestario. Este absorbe una parte de las reducciones de gastos contraídos en otros sectores. Sin embargo, a lo largo de los años el gobierno ha recortado mucho los programas sociales y no puede ir más allá sin correr el riesgo de ser impopular. Cuanto más se acerque el día de las elecciones presidenciales, menos tratará de hacerlo el presidente Bush.

Los países de la Comunidad Europea no padecen los desórdenes financieros de los Estados Unidos. Los agentes económicos están menos endeudados que al otro lado del Atlántico y un gran número de empresas dispone de importantes recursos para financiar sus inversiones. El sistema bancario ha sido mejor gestionado en general, aunque no haya podido realizar todas las adaptaciones posteriores a las reformas financieras de los años 80. El Sistema Monetario Europeo (SME) ha contribuido, por su parte, a orientar las políticas económicas hacia unos objetivos de estabilidad que han evitado los excesos americanos.

No obstante, la situación presenta ciertos contrastes. Algunos países como el Reino Unido, España e Italia tienen que hacer frente a desequilibrios internos causados por una progresión demasiado fuerte de las evoluciones nominales, sobre todo salariales (en Gran Bretaña), o por contar con grandes déficits presupuestarios (en España e Italia). Otros, al contrario, tras años de saneamiento, han conseguido el retorno a la estabilidad, y podrían esperar la continuación de un crecimiento sostenido por las expectativas que ofrece Europa central (Francia, Benelux, Alemania). Los primeros, para corregir sus desequilibrios, han adoptado políticas monetarias restrictivas, provocando un frenazo moderado del consumo de las familias y de la actividad.

Los segundos padecen las consecuencias de la disminución de la demanda mundial que se manifiesta en menos exportaciones, que no son suficientemente compensadas por el aumento de demanda generada por la unificación de Alemania.

La economía japonesa también ha entrado en una fase de enfriamiento, pero esto ocurre a partir de un nivel alto de crecimiento —más del 6% anual a principios de 1990—, y el enfriamiento sigue siendo muy progresivo. El crecimiento permanece sostenido por una fuerte demanda interna, como consecuencia de las decisiones tomadas a finales de la década de los 80 para estimular el consumo, y por la perseverancia de los progresos japoneses en los mercados internacionales. Los desarreglos especulativos han hecho tambalearse al sistema financiero, como en Estados Unidos, pero no afectan mucho por el momento a la financiación de la economía.

En total, estas evoluciones no son en nada comparables a las que conoció la economía mundial en los años 70. El enfriamiento, allí donde se nota más, tiene su origen en los desórdenes financieros con los que se ha alimentado el crecimiento anterior, y no en la crisis del procedimiento de acumulación. El alza de los precios del petróleo ha desempeñado un papel marginal. Su amplitud ha sido escasa y su duración no ha rebasado algunos meses, y tanto una como la otra no han provocado las medidas comunes a los dos *crashes* petrolíferos de 1973 y 1978. Incluso antes de la invasión de Kuwait, la economía mundial había entrado en una fase de consoli-

El Sistema Monetario Europeo ha contribuido a orientar las políticas económicas hacia unos objetivos de estabilidad que han evitado los excesos americanos.

dación evidentemente necesaria para reducir el desequilibrio de los pagos, tan anhelado en los años 80. Los verdaderos problemas vendrían más tarde.

La vuelta triunfal de Keynes

A principios del verano de 1990, cuando todo el mundo tenía clavados los ojos en Kuwait, el presidente del Fondo Europeo de Desarrollo (FED), Alan Greenspan, pasaba la página de la política monetaria inaugurada al final de 1978 por su predecesor, Paul Volcker. En nueve meses, la tasa de intervención del FED ha sido reducido del 8,25% al 6%. Con una tasa de inflación del 5,7%, la tasa real será en lo sucesivo próxima a cero. Aunque parece no haber querido volver a tasas reales negativas, la FED da la espalda a diez años de práctica de tasas de interés reales positivas, verdadero *non plus ultra* de los monetaristas. Ante la incredulidad general, Alan Greenspan ha comunicado al mundo que América desea el fin del dinero caro, cuando a este lado del Atlántico todavía nos interrogamos sobre la posibilidad de un aflojamiento de la política monetaria, e incluso de ver «un remedio peor que el mal».

El origen de este cambio apenas tiene que ver con la coyuntura económica. En efecto, los signos de un enfriamiento económico eran ya patentes desde el verano de 1990. Pero la economía americana todavía no experimentaba la recesión, y la urgencia de una baja de las tasas de interés para relanzar el consumo de las familias no era tan evidente como hoy. La nueva política americana

El crecimiento de Japón permanece sostenido por una fuerte demanda interna, y por la perseverancia de los progresos japoneses en los mercados internacionales.

obedece, de hecho, a consideraciones estrictamente financieras: el temor a una crisis financiera, que afectaría a todo el sistema bancario y que requeriría largos debates en el Congreso.

Pero la administración Bush, que ha resultado ser muy apremiante, se toma todo el tiempo necesario para comenzar el enderezamiento de la situación presupuestaria. La administración americana no puede planificar la estabilización de la deuda con un déficit presupuestario que alcanza el 4% del PNB en el ejercicio de 1990. Únicamente tiene la posibilidad de bajar el precio de la financiación. Desde hace un año, cada operación de refinanciación representa una oportunidad para el Tesoro americano de hacer bajar las tasas de interés: ya se han gando tres puntos en las tasas pequeñas. La administración Bush no se estancará en tan buen camino y, exceptuando la provocación de una crisis monetaria, el Bundesbank tendrá que conformarse con el deseo general expresado en el comunicado G7 de enero de 1991.

Voluntarismo ilusorio, gritarán a coro los economistas (no todos). «¿Cómo podrían bajar las tasas de interés, si las necesidades de ahorro no hacen más que aumentar en todo el mundo?» Déficit americano, unificación alemana, apertura del Este, y actualmente reconstrucción de Kuwait y de Irak. Como diría el loco de Galileo, «están bajando». Para comprender esta paradoja es necesario sugerir a los economistas, y a los no economistas, que lean de nuevo a J. M. Keynes y su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*.

No sin haber observado que es difícil encontrar un «enunciado explícito en las obras destacadas de la escuela clásica moderna», Keynes establece que el «error decisivo» que se percibe en ésta resulta del hecho de que la inversión y el ahorro son considerados como variables independientes cuya tasa de interés sería el precio del equilibrio. Ahorro e inversión son dos nombres que definen una

misma realidad: la parte de la renta que no se consume. En lo que concierne al precio del interés, se trata «del precio que equilibra el deseo de estar en posesión de la riqueza en forma de moneda y la cantidad de moneda disponible», es decir, el precio de la preferencia por la liquidez.

Como en los tiempos de Keynes, la evidencia exige a los que la enuncian de justificarla con precisión. ¿Cómo explicar que la década de los 80 haya conocido las tasas de ahorro más reducidas de la posguerra y las tasas de intereses más elevadas? ¿Por qué, a pesar de las tasas de interés reales positivas, el ahorro no ha sido abundante? En lo que concierne a las necesidades de ahorro, se espera todavía una evaluación en cifras, y su discusión.

La guerra de Kuwait introdujo dos elementos suplementarios en este debate. En primer lugar, la destrucción de material militar y de edificios civiles corresponde, desde el punto de vista económico, a una descapitalización masiva. Pero no tiene las mismas consecuencias. En su mayoría, el coste de la guerra está constituido por *stocks* de armamento y de equipamiento que no necesitan ser reconstituidos o que lo serán en varios años. Las cantidades que cubren estos gastos son muy superiores a los gastos presupuestarios inmediatos ocasionados por la guerra. Los desembolsos efectuados a los aliados, y sobre todo a los Estados Unidos, constituyen una transferencia formidable en beneficio de éstos. El segundo elemento está relacionado con el modo de financiación de esta transferencia. Si Kuwait ha anunciado su intención de pedir préstamos para financiar su reconstrucción, nada se ha dicho sobre la financiación de la guerra. Lo más probable, en lo que concierne a los Estados Unidos, es que se lleve a cabo por medio de la cesión de activos o por abandono de créditos —bonos del Tesoro americano. La descapitalización conllevaría entonces el fin de la deuda del Tesoro americano, contribuyendo a aligerar la presión

Con el fracaso de Donald Trump y otros tiburones de las finanzas se ha pasado la página de una década loca.

sobre los mercados financieros y a reducir la carga de la deuda en el presupuesto americano.

En total, la guerra del Golfo, lejos de complicar la labor del FED, la ha simplificado. Sus necesidades de inversión han aumentado claramente, pero la preferencia por la posesión de activos monetarios ha disminuido por las circunstancias. La época de los rentistas toca a su fin. Todavía no ha llegado la «eutanasia» que les auguró Keynes. Sin embargo, la guerra ha influido en el cálculo de la urgencia de un cambio de mentalidad. Los propios responsables kuwaitíes han descubierto esta necesidad y reconocen la importancia de una economía más activa. Con la caída de Donald Trump y otros tiburones de las finanzas se ha pasado la página de una década loca. El sueño de la economía-casino se está disipando lentamente. La guerra ha dado lugar a una nueva etapa.

La llegada de los regionalismos mundiales

La liberación de Kuwait ha sido resultado de una coalición organizada por Estados Unidos bajo la tutela de la ONU. Pero el futuro económico del Golfo es un asunto que los kuwaitíes y los saudíes piensan construir en un marco exclusivamente regional. Ya han anunciado que no quieren un *Plan Marshall*, ni un banco de reconstrucción del tipo del BERD (Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo). Como tienen dinero, quieren mantener el control de la zona para crear una economía regional. Lejos de incli-

La organización regional ofrece un mercado amplio a la medida de las empresas modernas, y asegura proyección en el ámbito de la competencia internacional.

narse por una organización de tipo mundial bajo la hegemonía americana, como en la posguerra de la II Guerra Mundial, la guerra del Golfo está dejando entrever la formación de los regionalismos mundiales.

«¿Dónde estará mañana el corazón del centro?», se preguntaba no hace mucho Jacques Attali. «Todavía es muy pronto», asegura, «para determinar con certeza cuál será el polo dominante en el futuro. Los dos espacios preponderantes que se estructuran bajo nuestros ojos, uno en Europa y el otro en el Pacífico, se hacen la competencia para obtener el dominio económico y político del mundo. Uno de ellos se adelantará al otro algún día». Dentro de un tiempo quizás. Pero en el futuro inmediato el mundo parece tomar otro camino, el de un mundo multipolar. El libro cambio parece continuar su expansión únicamente al precio de un doble movimiento de unificación de espacios regionales y de fragmentación del espacio mundial. Si el mundo sigue siendo nuestro horizonte, la mundialización no será el camino más corto.

¿Se trata de un triunfo de la Comunidad Europea o de la urgencia de detener la catástrofe hacia la que la extensión del mercado mundial arrastra a los países en desarrollo? También cabe la posibilidad de que surjan proyectos regionales, o de que renzacan. Por un lado, Estados Unidos organiza junto a Canadá y México una amplia zona de libre cambio, la NAFTA (North Atlantic Free Trade Area), y Japón por su parte, sin renunciar a sus ambiciones mundiales, estrecha los lazos con los países que bordean el mar de

China: Corea, Taiwan, Singapur, Hong Kong, y también Tailandia, Indonesia, Malasia y Filipinas. Por otro lado, los países en desarrollo también se organizan: creación de la Unión del Magreb árabe (cumbre de Argel, julio de 1990); creación de Mercosur (Brasil, Argentina, Chile, Uruguay) y, sin duda en un futuro, creación de una unión económica del Magreb árabe. Estos movimientos dejan, sin embargo, de lado a amplias zonas: África negra, el mundo indio, China, la Unión Soviética. Estos grandes continentes, que no acaban de encontrar la forma de organizarse, o que son víctimas de la fragmentación y de la anarquía, constituyen grandes mercados en potencia.

En cuanto a la Comunidad Europea, su éxito conlleva la aparición de múltiples candidatos, que de una manera u otra llaman a su puerta. En el norte, los países escandinavos cambian de actitud, e incluso vemos a Noruega asociarse al SME, no pudiendo ser miembro de la CE. En el Este, Austria, desde que el Pacto de Varsovia ya no existe, puede confiar en que su neutralidad no será un obstáculo para su adhesión. Los antiguos países de Europa central —Polonia, Checoslovaquia, Hungría—, comprometidos con la dolorosa transformación hacia la economía de mercado, son candidatos en potencia para una adhesión a la Comunidad. La «fortaleza» Europa se ve obligada a una apertura que tendrá serias consecuencias para su propia construcción.

Si toman cuerpo estas zonas, asistiremos progresivamente a la imagen de una Comunidad Europea con una nueva orientación de los intercambios, siendo más importantes los regionales que los de nivel mundial. Los intercambios intraeuropeos suponen un 30% del comercio mundial (1986), frente al 14% de aquellos de la Comunidad con el resto del mundo. Si los intercambios en el seno de la zona interamericana son poco importantes aún frente a los del exterior, los intercambios en el seno del sureste asiático son ya superiores a

los de esta zona con el resto del mundo. La organización regional presenta dos ventajas. Ofrece un mercado amplio a la medida de las empresas modernas, y asegura cierta proyección en el ámbito de una competencia internacional generalizada. Refleja la inadecuación del marco estatal, manteniendo sus ventajas a un nivel de organización más adecuado para el grado de concentración capitalista actual. Los dos grandes conjuntos regionales constituidos por Europa y por América del Norte representan unos mercados «domésticos» de más de cuatrocientos millones de habitantes. Dan a las empresas de los Estados que los constituyen la posibilidad de aumentar su ámbito y de convertirlo en el punto de apoyo de una estrategia mundial. Tras una fase de internacionalización en todas direcciones, las empresas sienten la necesidad de asegurar sus espaldas. La organización de una zona de libre cambio en América del Norte está incluida en esta estrategia de reconquista. Del mismo modo, Japón, sin renunciar a sus ambiciones mundiales, experimenta verdaderamente la necesidad de ampliar su propia posición de repliegue en el conjunto del sureste asiático.

Los países en vías de desarrollo no tienen las mismas motivaciones. Intentan encontrar los medios para un nuevo despegue que les saque de la crisis que padecen desde hace quince años. Las economías centralizadas han fracasado intentando provocar el desarrollo, y dejan por doquier ruinas y caos. Pero los países que en los dos últimos decenios han experimentado una apertura hacia el mercado mundial, han podido calcular el efecto destructivo de ésta. En América Latina, el liberalismo impuesto por las dictaduras militares ha acelerado el éxodo rural y destruido, al mismo tiempo, los esfuerzos de industrialización de los años cuarenta y cincuenta emprendidos por gobiernos nacional-populistas. Nunca había sido tan grande la miseria, ni tan incierto el futuro.

La segmentación de la economía mundial en regionalismos mundiales no representa en

sí misma una solución al subdesarrollo. La regionalización del hemisferio Norte —o si se prefiere, del centro— no implica la autonomía del Sur. El movimiento espontáneo de los intercambios conduce, al contrario, a una integración más intensa en cada zona situada entre el Norte y el Sur. Las «iniciativas para América» propuestas por el presidente Bush en su reciente visita a América Latina van en esta línea. ¿Qué puede ganar el continente latinoamericano viendo su economía cada vez más feudalizada por las necesidades de la población y por los intereses de los grupos industriales y financieros norteamericanos? Las élites seguirán exiliándose hacia el Norte, el campo se vaciará cada vez más, mientras que la miseria se extenderá por las *favelas* de las grandes metrópolis; las desigualdades continuarán ahondándose hasta el infinito. Europa con el Magreb y Africa negra, Japón con la península indochina, Indonesia, Filipinas... ¿sabrán entablar otras relaciones que no sean las desarrolladas «espontáneamente» por el mercado?

Los países subdesarrollados, las regiones del Sur, ¿pueden llegar a convertirse en centros, incluso secundarios, de desarrollo de la economía de mercado? Desde hace cinco siglos la economía de mercado se apodera de las actividades y de los intercambios e impone sus leyes; el desarrollo —como manifestación de la elevación del nivel de vida— es un privilegio de los países que de una manera o de otra han conseguido dominar sus intercambios. La organización de los «mercados comunes» regionales, que concilia el desarrollo de una economía de mercado con cierta

La organización de los «mercados comunes» regionales constituye actualmente la única esperanza de poder construir las bases de la independencia económica.

protección respecto al resto del mundo, constituye actualmente la única esperanza de poder construir las bases de la independencia económica tan deseada. No es posible implantar la industrialización sin cierto distanciamiento respecto al libre cambio generalizado. Después de todo, este es el planteamiento que adoptaron la Alemania de Bismarck y Japón tras la guerra. ¡Y si la protección de una economía de mercado reciente fuese el camino más corto para hacer funcionar el libre cambio tan querido por A. Smith!

Con jerarquías en el interior de las zonas, y jerarquías entre las zonas, los regionalismos mundiales no excluyen fenómenos de dominación. Pero la segmentación que presentan crea solidaridades capaces de levantar los bloques a los que conduce el libre cambio generalizado. Desmultiplica la polarización del desarrollo y vuelve a dar una oportunidad a regiones que se habían visto privadas de ella anteriormente. No prohíbe una organización internacional, pero modifica notablemente sus componentes. Los regionalismos mundiales, si llegan a confirmarse, marcarían el fin de la hegemonía del imperio americano tal y como ha existido en la posguerra de 1945. El regreso del fortalecimiento de América, que hizo posible la guerra del Golfo, no evitará que se reparta el poder mundial. Se trata del justo precio que tiene que pagar por su retorno.

Mercado y democracia

La guerra del Golfo ha resucitado la idea del imperialismo americano. Pero aún triunfante en un pasado reciente, el anatema ha

Los regionalismos mundiales marcarían el fin de la hegemonía del imperio americano tal y como ha existido en la posguerra de 1945.

perdido fuerza. Aunque la potencia económica americana haya conocido con la crisis de los años 70 un relativo declive, es lo suficientemente poderosa como para permitir a Estados Unidos imponer su propia visión sobre los intereses del mundo, y especialmente sobre los de Oriente Medio. La disolución de los imperios coloniales no ha cambiado en esencia los términos de la dominación del centro sobre la periferia: intercambios desiguales entre materias primas y bienes industriales, transferencias financieras a beneficio del Norte, prioridad de los productos agrícolas o industriales destinados a la exportación. La búsqueda de una estabilización del precio de las materias primas, y sobre todo el petróleo, y la desaparición progresiva de la deuda del Tercer Mundo —aunque una gran parte ya ha sido pagada—, son testigos de nuevas actitudes por las que la defensa de los intereses del Norte es menos egoísta... en la misma medida en que, es cierto, aumenta la amenaza de conflictos locales. ¿Serán los países industrializados capaces de hacer las concesiones necesarias para el advenimiento de un nuevo orden internacional? Hay que esperarlo y actuar a favor de ello con todas las fuerzas, pero sin hacerse demasiadas ilusiones.

Aunque lo hicieran no se resolverían los problemas de los países del Tercer Mundo. Menos sometidos a los apremios del mercado mundial, estarían en mejores condiciones para que sus poblaciones obtuvieran provecho de los beneficios de la economía de mercado. Los efectos negativos y destructores de su penetración quedarían así atenuados. Seríamos culpables si no viéramos que continuarían, a pesar de todo, siendo un problema. Más allá de las relaciones de dominio y explotación, el mercado mundial trae consigo el mercado. Idea anodina, todo el mercado mundial se ha convertido en nuestro pan de cada día; idea vulgar, hasta tal punto hemos olvidado que, antes de caer nuestras sociedades bajo la dependencia del mercado, habían existido otras formas de economía. El dinero y los inter-

cambios monetarios no estaban ausentes, pero se desarrollaban al margen. El invento liberal consiste en haberlos situado en el corazón de la economía, reconstruyendo luego sobre esta base inédita el conjunto de las relaciones sociales. Cuando las sociedades industrializadas apenas han digerido esta mutación —a través de crisis económicas, conflictos sociales, incluso guerras civiles— las sociedades del Tercer Mundo descubren la inmensa transformación que anuncia la penetración del mercado. No están mejor preparadas que nosotros hace dos siglos. Algunas fuerzas se opondrán, como lo intentaron a veces con éxito en Europa.

El neofundamentalismo, que sacude violentamente los países árabes y busca en la religión un medio para volver a una sociedad ahora totalmente desestabilizada por el mercado, expresa ese rechazo. Pero los que enarbolan la *charia* y querrían mantener su país en el tiempo repetitivo de la tradición son los primeros en venir a Occidente en busca de técnica, de armas y de los bienes de las sociedades modernas. Reprueban el dinero, que destruye la estructuras ancestrales, pero son ya sus prisioneros. Sus necesidades financieras son inmensas y constituyen el caldo de cultivo del maldito mercado. ¡Extravagante espectáculo el de Kuwait, donde el emir Jaber vuelve a abrir los bancos y hace cambiar los billetes antes de restablecer en la ciudad el agua y la electricidad! El mercado ha ganado ya. Desde el punto de vista de la historia, los retrocesos van directos al fracaso. El mercado moderno parece inexorable, aún al precio de desórdenes y de violencias que aún no han hecho más que empezar.

La extensión del mercado a escala mundial, su triunfo planetario recién logrado tras el hundimiento o la conversión de los sistemas comunistas a la economía de mercado —incluso China inicia prudentemente el camino—, reproduce a escala universal todas las contradicciones que su advenimiento ha producido a lo largo de los dos últimos siglos en

La extensión del mercado a escala mundial reproduce todas las contradicciones que su advenimiento ha producido en los países industrializados.

los países industrializados. En *La gran transformación*, obra tan importante como poco conocida, Karl Polanyi vuelve a delinear las consecuencias del nacimiento del liberalismo y muestra cómo, a principios de siglo, ha engendrado su contrario. El fascismo y el comunismo no han nacido de una doctrina salida por las buenas de la imaginación delirante de algunas individuos. La centralización del poder, el sometimiento de toda actividad humana a un centro único, «tiene sus raíces en sociedades de mercado que se negaban a funcionar» o, más precisamente, en las rupturas sociales que engendra el advenimiento del mercado.

La penetración del mercado se presenta siempre bajo los mismo aspectos: creación de un mercado del trabajo, mercantilización de la tierra, desarrollo de un mercado del dinero. En las sociedades donde se produce, esta penetración tiene siempre los mismos efectos: la creación del mercado del trabajo amenaza con dejar morir de hambre a los trabajadores que no consigan adaptarse a las reglas del trabajo asalariado o que queden excluidos de ellas; la «mercantilización» de la tierra destruye las formas tradicionales de devolución de los bienes raíces y echa abajo la base de la autoridad y de los privilegios de los nobles y de los terratenientes; el mercado del dinero empuja hasta el infinito el límite «natural» de las propiedades y confiere el poder al que sabe acumular y protegerse de la depreciación monetaria. Se producen estos tres fenómenos: el primero hunde a la población trabajadora en una miseria total y en una profunda ruina, el segundo elimina la jerarquía social que funda-

El mercado suscita fuerzas que exigen para sí mismas una libertad política mayor, que reivindican un Estado de derecho y una libertad de elección.

mentaba el poder político en los bienes raíces, el tercero confiere la riqueza a nuevos ricos hábiles en el manejo del dinero, sagaces especuladores, emprendedores sin escrúpulos, dispuestos a ponerse «fuera de la ley» y deseosos de obtener las protecciones políticas necesarias por medio de la corrupción y de la violencia.

Europa ha conocido estos fenómenos a lo largo del siglo XIX y los conoce aún en algunas regiones subindustrializadas —véase la mafia siciliana. La caída del sistema comunista comienza a hacer que vuelvan a aparecer en Europa central y en la URSS: población antes protegida y ahora en paro, abolición de la jerarquía social fundada en el control del aparato estatal y de la economía, emergencia de capitalistas que sacan su riqueza del dinero acumulado en el mercado negro. Pero estos fenómenos se pueden ver sobre todo en el Tercer Mundo, donde se desarrollan a una escala nunca alcanzada. Los campesinos expulsados de la tierra vienen a amontonarse en los grandes suburbios de la miseria que rodean las megápolis del Tercer Mundo; los terratenientes luchan encarnizadamente por conservar el control de la economía y preservar el poder de compra de los grandes productos exportados; aparecen grandes fortunas, amasadas mediante el comercio de armas, de droga, la negociación de grandes contratos y la especulación en el cambio.

Si el mercado induce los mismos fenómenos, éstos se producen en un contexto histórico radicalmente diferente. El advenimiento del mercado en Europa convierte al continente europeo en centro de la economía

mundial. Por el contrario, su extensión en el Tercer Mundo se lleva a cabo bajo el dominio de un centro que impone el libre cambio y estructura los intercambios en función de las necesidades de ese centro. Nunca ha sido un fenómeno interno. Su avance siempre ha sido dirigido por la apertura al mercado mundial. En todas partes, ha tenido que apoyarse en regímenes militares dictatoriales adheridos a las potencias financieras del Norte y que debían contener las reivindicaciones sociales al tiempo que constituían un dique contra la formación de una burguesía nacional. Lo propio de las dictaduras ha sido realizar la unión entre las antiguas clases terratenientes y las nuevas potencias financieras, asegurando la inserción de las primeras en la formación de las nuevas fortunas. El imperialismo, como es evidente, ha jugado contra la democracia. Las formas de organización democrática surgidas, aquí o allá, para proteger a los trabajadores y hacer prevalecer el derecho, se han aniquilado sistemáticamente. De esta forma han podido desarrollarse libremente los efectos destructores del mercado, hasta un punto desconocido en Europa, provocando una miseria sin comparación por su agudeza y su extensión con la que conocen las masas campesinas y obreras de Europa.

Frente a los regímenes militares, durante mucho tiempo, la democracia no ha tenido posibilidades. Las escasas tentativas quedaron barridas por golpes de Estado apoyados más o menos abiertamente por Estados Unidos: el derrocamiento del presidente Goulart en Brasil en 1964, del presidente Allende en Chile en 1973, etc. En este contexto aparece la lucha armada como la única alternativa política, y el establecimiento de una economía centralizada como la condición para mantener a raya al mercado y satisfacer las necesidades de la población. Los regímenes totalitarios han nacido de esta imposibilidad democrática. Unos han sido el producto de guerrillas victoriosas —el régimen castrista en Cuba, el sandinista en Nicaragua, el comunista en Vietnam o el Khmer rojo en Camboya. Otros han

llegado al poder gracias a un golpe de Estado militar —Nasser en Egipto, el partido Baas en Siria y en Irak, Bumedian en Argelia. Una vez conseguida la victoria militar, ninguno ha sido capaz de resolver los problemas económicos por sus propios medios y todos han acabado volviéndose hacia su interior —primero la URSS, luego Occidente— al precio del enfrentamiento de la dictadura con las propias masas populares.

Estas reacciones militares y totalitarias contra el mercado, por muy diferentes e incluso opuestas que sean, tienen en común que se apoyan en las clases sociales más exteriores al mercado, las más racionales y tradicionalistas, aquellas cuyo principal interés es bloquear la penetración del mercado, *a fortiori* del mercado mundial —por lo menos mientras no pueden cambiar su curso en provecho propio. En Europa oriental los países con predominio rural —Bulgaria, Rumania, Albania— han despedido a los regímenes comunistas. En los países árabes, los islamistas se apoyan en los comerciantes del bazar, amenazados por los circuitos capitalistas, y en la juventud ociosa excluida de la inserción en el trabajo asalariado, contra los jefes de la burocracia que han acabado endosando la lógica de la economía mundial. Hoy, no se trata de saber si los islamistas argelinos o los nacionalistas serbios ganarán, sino de saber si su victoria tendría el efecto de bloquear la inserción en la economía mundial o, por el contrario, como en Irán después de Jomeini, de asegurar la transición hacia una economía de mercado estableciendo las protecciones necesarias.

Eliminar los bloqueos...

Sin embargo, lo más probable es que la democracia se abra al fin camino tanto en el Tercer Mundo como en Europa central. Algunas evoluciones recientes incitan al optimismo, aunque las tendencias autoritarias se sigan imponiendo. En Europa central, la vuelta a la democracia sanciona el fracaso de

la economía centralizada y prepara el paso a la economía de mercado. En América Latina asistimos, por el contrario, a fenómenos comparables con los que ha conocido España antes de la muerte de Franco y Portugal antes de la caída de Salazar. A medida que esos regímenes llevaban a cabo la apertura al mercado mundial, provocaban un desarrollo interno cada vez menos compatible con el mando oligárquico que lo había hecho posible. El mercado suscita fuerzas que exigen para sí mismas una libertad política mayor, que reivindican un Estado de derecho y una libertad de elección que garantice su libertad económica.

Donde renace, la democracia tiene aún que progresar mucho. Pero anuncia tiempos nuevos. Por primera vez en este siglo, aparece en la periferia como una necesidad del centro mismo. La economía no es su único motor. Pero el mercado es más que nunca nuestra ley común y, después de agotar todas las formas de dictadura, la dictadura aparece como la última oportunidad de eliminar los bloqueos al desarrollo. Las economías han de entrar en una fase de internacionalización para evitar el desastre de una brusca inmersión en el mercado mundial. ¿Sabrá la democracia alzar las murallas necesarias para proteger a individuos y sociedades sin aniquilar al mercado mismo? ¿Sabrá evitar las ilusiones trágicas del liberalismo?

...y salir del comunismo

Los países de Europa central —Alemania del Este, Polonia, Checoslovaquia y

Mientras no se cree un sistema completo de Derecho y de instituciones judiciales autónomas, la economía de mercado no pasará del estado embrionario del comercio.

Si se tiene en cuenta el tamaño de esos países, excepto Polonia, y el bajo nivel de vida, la capacidad de absorción de los mercados del Este es limitada.

Hungría— que han restablecido la democracia se encuentran a este respecto en una situación particular. Contrariamente a la Unión Soviética, que pasó brutalmente del zarismo al comunismo, han conocido antes de la guerra instituciones democráticas y los inicios de una economía de mercado. Además, ese pasado ha empujado a la disidencia a buscar la libertad política y económica, mientras en la Unión Soviética se cultivaba la nostalgia de un retorno a una economía pueblerina —Polonia está en una situación intermedia, la fragmentación de Solidaridad lo refleja.

Pero, al mismo tiempo, estos países deben recorrer íntegramente el camino necesario para el advenimiento de una economía de mercado. El comunismo no sólo ha instaurado una gestión centralizada. Ha anulado el acto fundador de la economía de mercado, a saber, la transformación del trabajo, de la tierra —o más ampliamente, de los bienes raíces— y de la moneda en cuasi-mercancías. En la economía comunista, estos «factores de producción», como dicen los economistas, sólo existen si el Estado-partido asegura su asignación y concede su uso.

El retorno a la economía de mercado —y la palabra retorno tiene aquí toda su importancia— plantea tres cuestiones: una cuestión teórica, una cuestión política y una cuestión económica. La ex Alemania del Este no es una excepción, a no ser porque la unificación impone por sí sola soluciones a dos de ellas: la primera y la tercera. De las respuestas que se den pueden derivarse tres errores, que pesarán mucho en la evolución de la democracia.

La cuestión teórica hace manifiesta la ilusión del liberalismo. Para el sentido común, el liberalismo es la propiedad privada y la libertad de empresa. Los gobiernos, a veces (mal) aconsejados por liberales americanos, lo han traducido por privatización y libertad de precios, de contratación, de actividad bancaria... La mayoría se han dedicado más o menos brutalmente —siempre en menos de un año— a suprimir diferentes controles. De esta forma se ha zanjado el debate entre ruptura y transformación gradual. En realidad, la transformación gradual, por sí sola, no habría dado mejores resultados. Sin embargo, habría dado al gobierno el tiempo necesario para asentar las bases de una economía de mercado, bases que se han escamoteado y cuya ausencia puede bloquear todo el proceso.

Esas bases son el derecho. Viviendo en una economía de mercado y manipulando modelos matemáticos más que debatiendo prácticas comerciales, los economistas han acabado por olvidar que no existe mercado sin derecho —derecho de propiedad, derecho de contratación, derecho de recurso. Se puede decir de otra manera: no hay transacción comercial posible sin una institución que garantice su seguridad. ¿Quién posee qué? ¿Quién garantiza la exactitud de los títulos de propiedad? ¿Quién arbitra los conflictos? La economía comunista ignora el derecho, en el sentido liberal del término, ya que la administración organiza, luego garantiza, las transacciones. Mientras no se vuelva a crear un sistema completo de derecho y de instituciones judiciales autónomas, la economía de mercado no pasará del estado embrionario del comercio. De ahí la necesidad de un Estado autónomo respecto a los partidos. Es la primera urgencia —que la unificación alemana ha solucionado extendiendo el derecho y el sistema judicial de Alemania occidental a los nuevos *länder*.

La cuestión política consiste en la restitución de los bienes confiscados cuando se establecieron los regímenes comunistas. La vo-

luntad de los pueblos de esos países de enlazar con su pasado, de volver a sus raíces históricas y de cerrar el paréntesis comunista, implicaba el principio de una reparación. Este no se puede contestar. Pero la forma que se escoja es esencial para el futuro. Los gobiernos y los parlamentos tenían en su mano dos soluciones: una restitución física o una compensación monetaria. Parece que todos los países han escogido la primera. Cuando en 1815 se planteó la misma cuestión en Francia, tras la caída del Imperio, Luis XVIII escogió la segunda. Es cierto que existe una diferencia importante entre esas dos situaciones. La Revolución Francesa había creado millones de pequeños propietarios a quienes se habían vendido los bienes confiscados a los nobles y al clero. La restitución física a los antiguos propietarios habría levantado a éstos contra la corona y habría comprometido la Restauración. En los antiguos países comunistas, los bienes pertenecen al Estado-partido o a sus emanaciones y existe, en cualquier caso, un problema, difícil, de «privatización». Pero se vendan o se restituyan las viviendas, las fábricas, las tiendas, las explotaciones agrícolas, etc., los ocupantes actuales corren en muchos casos el riesgo de ser expulsados. ¿Adónde irán y con qué medios? —Puede aparecer un profundo descontento si no se encuentran fórmulas para proteger a los «inquilinos» actuales y para asegurarles su permanencia en el lugar. Sabiendo esto, ¿sigue interesando la restitución?

Además, la restitución está en profunda contradicción con la «privatización» decidida por otro lado. Además de las dificultades jurídicas que suscita —sobre todo en materia de sucesión—, crea incertidumbre sobre el conjunto de bienes que deben privatizarse. Aunque el plazo abierto para beneficiarse de la restitución sea limitado, a menudo un año, las operaciones efectivas y la liquidación de los contenciosos pueden prolongarlo. Pero lo más grave es sin duda que priva al Estado de los recursos que podía esperar de la privatización de esos bienes. Optando por compensación mone-

Después de agotar todas las formas de dictadura, la democracia es la última oportunidad de poder suprimir los bloqueos al desarrollo.

taria, tendría que encontrar las sumas necesarias. En ausencia de propietarios, su margen de maniobra habría sido limitado. Pero habría podido lanzar una gran deuda pública y absorber y luego consolidar la masa monetaria existente, acumulada en el pasado a falta de consumo disponible. Así se habría iniciado un proceso económico, que podía no tener lugar si se tiene en cuenta la solución adoptada.

La última cuestión es de orden económico y se refiere al proceso de acumulación. La privatización general de todos los activos crea una situación inédita en la historia económica moderna. En una sociedad en que lo esencial de la acumulación lo ha captado el Estado, en que el ahorro monetario lo absorbe en parte el deseo de consumo y queda muy reducido por la inflación desencadenada por la liberación de los precios, la privatización sólo puede hacerse mediante una aportación masiva de capitales extranjeros. Todos los liberales la desean y animan a ello. Pero no carece de riesgos para el desarrollo económico. Si se tiene en cuenta el tamaño de esos países, excepto Polonia, y el bajo nivel de vida, la capacidad de absorción de los mercados del Este es limitada. Como consecuencia, hay dos actitudes posibles para los inversores extranjeros.

La primera ve en la inversión en esos países la posibilidad de producir con una mano de obra barata para reexportar hacia el gran mercado europeo. Es principalmente la ambición japonesa, que quiere hacer del Este el caballo de Troya para penetrar en la Comunidad Europea. Pero es también lo que ambicionan numerosos europeos que pueden en-

***Hacer de la democracia
una exigencia es el mayor
apoyo que podemos dar
al Tercer Mundo.***

contrar, implantándose en el Este, el medio de reducir sus propios costes de producción. En un primer paso, la aportación de capital externo se traducirá en la vuelta al trabajo de parte de los asalariados empleados en las antiguas empresas comunistas, pero también en una fuerte reducción de los efectivos debido al aumento de productividad que se busca. No obstante, en una segunda fase, el crecimiento de la producción que permite el desarrollo de las exportaciones reactivará la contratación. Sin embargo, ese proceso sólo será positivo para el desarrollo ulterior de las economías nacionales si la privatización va acompañada de la obligación de modernizarse tecnológicamente, aunque sea progresivamente. Es la condición para que traiga consigo un proceso de acumulación.

La segunda actitud se da cuando la inversión está motivada por un fin especulativo —compra de terrenos y de inmuebles en el centro de la ciudad— o constituye la compra de un mercado que el inversor pretende abastecer a partir de instalaciones que ya existen en el interior del país de origen. La privatización recurriendo a capitales extranjeros se traducirá entonces muy rápidamente en el movimiento inverso. Las nuevas democracias se encontrarían frente a salidas masivas de capital y un nivel elevado de importaciones que bloquearían toda acumulación interna. Es el riesgo de la regresión del tipo de la de Latinoamérica que se vislumbra en Alemania del Este. Conocemos lo que desencadena: desequilibrios económicos, inestabilidad social, crisis políticas que abren de par en par las puertas a todo tipo de aventuras. Por lo tanto,

es indispensable tomar precauciones elementales para evitar que se desvíen las privatizaciones y que se vuelvan un día contra los gobiernos que las lanzaron (imprudentemente), y finalmente contra la democracia.

No hay mercado sin propiedad privada, pero ésta no se reduce a las privatizaciones. Si sólo se ven éstas, las nuevas democracias corren el riesgo de agotarse en ellas sin grandes beneficios. La piedra de toque de la instauración de una economía de mercado es volver al trabajo. Alexandre Iakovlev, el teórico de la *perestroika*, observa a propósito de los campesinos: «Actualmente, esta gente trabaja a un ritmo muy lento, que es el suyo desde hace mucho tiempo; si tuvieran una tierra propia tendrían que trabajar infinitamente más. Ese es nuestro problema psicológico». La observación puede extenderse a los obreros, a los empleados, a los jefes... Incluso en las nuevas democracias de Europa central, donde la población se adhiere casi espontáneamente a los valores de libertad y de mercado y aspira a recuperar su libertad de iniciativa, la vuelta al trabajo despertará importantes resistencias. Nada hay más urgente que permitir a los que están dispuestos a tomar iniciativas que lo hagan creando su empresa y siendo sus propietarios. Si consagran todos sus ahorros o se endeudan para comprar bienes del Estado, se privarán de los medios financieros necesarios para ponerse a trabajar. ¿Quién lo hará? ¿Dónde encontraremos el capital? La respuesta que sugieren los liberales es: recurriendo al exterior. ¿Pero quién pondrá en movimiento la energía, el talento, la capacidad de trabajo? Los liberales, que guían los pasos del retorno al mercado, ¿sabrán recordar que la democracia nació de la revolución del trabajo?

La democracia, donde renace, tiene que hacer muchos progresos. Pero anuncia tiempos nuevos. Por primera vez en este siglo, aparece en la periferia como una necesidad para el centro mismo. La economía no es su

único motor. Pero el mercado es más que nunca nuestra ley común y, después de agotar todas las formas de dictadura, la democracia es la última oportunidad de poder suprimir los bloqueos al desarrollo. Las economías deben entrar en una fase de internacionalización para evitar el desastre de una brusca inmersión en el mercado mundial. ¿Sabrá la democracia alzar las murallas necesarias para proteger a individuos y sociedades sin aniquilar el mercado mismo? ¿Sabrá evitar las ilusiones trágicas del liberalismo?

La democracia no nace del mercado; es la condición de su desarrollo interno porque está en los cimientos de la libertad de los indi-

viduos. Aunque no les guste a los heraldos del liberalismo económico, la propiedad privada no basta para asegurar esta libertad. No se puede esquivar el reconocimiento de los derechos del hombre. Donde no existe, las mismas actividades económicas están sometidas a la arbitrariedad. Hacer de la democracia una exigencia es el mayor apoyo que los países industrializados pueden aportar hoy en día a los del Tercer Mundo. Pero los que, en esos países, reclaman la democracia, ¿están dispuestos a asumir las consecuencias del mercado?

Traducción: Mercedes Morales